

perseguirle con sus venganzas y sus recriminaciones.

¡Cuántos sacerdotes deberán atribuir a esta última causa las molestias de que se quejan y los tropiezos de toda clase que hallan en su camino a cada instante!

De ahí resultan males incalculables: la religión, solidaria de las imprudencias de algunos de sus ministros; nuestra misión divina, desconocida, y muchas almas perdidas, porque no ven ya en nosotros tan sólo representantes de Jesucristo, como debiéramos serlo.

¡Ah! No nos convirtamos nunca en hombres de partido! Permanezcamos en nuestro santuario, al pie de la Cruz: allí está nuestro puesto; allí debemos esperar a nuestros hermanos, convocarlos y reunirlos en torno del Divino Maestro, para apaciguarlos, para reconciliarlos entre-sí; para hablarles de Dios y del destino de sus almas, junto al cual todas las cosas de la tierra, aun los grandes imperios, no significan nada en realidad.

Los señores curas, pues, de mi Diócesis, deberán, durante la lucha electoral próxima, colocarse por encima de toda insinuación partidista, venga de donde viniere, y observar una estricta neutralidad.

No debéis ignorar que todo lo que hagáis, contrariamente a las prescripciones de esta circular, os hará acreedores a una severísima censura de nuestra parte».

(Traducido de *L' Action Nationale*, diario conservador de Amberes, del 1º de diciembre de 1919).

Este diario está en nuestras oficinas a la orden de quien quiera verlo ⁽¹⁾.

Así hablaba el Santo Obispo de Namur, Príncipe de la Iglesia. Sus consejos evangélicos no pudieron primar sobre la influencia netamente partidista de los caudillos conservadores, de M. Woste, el papa laico, que obligó al clero a trabajar tenazmente en las elecciones, a hacer política a todas horas. Y esta labor de los «politiciens» conservadores culminó en el desastre del partido católico en las pasadas elecciones de noviembre, en las que por primera vez en muchos años, perdió en Bélgica la mayoría y salió derrotado dolorosamente.

(Colombia.—Medellín, mayo 19 de 1920).

(1) *El Tiempo*, de Bogotá.

De "Las Fantasías de Juan Silvestre"

(Inédito)

A NOCHECE: Es víspera de Navidad. En la habitación a oscuras hay un niño con la frente pegada a los cristales de la ventana. Fuera, la voz del viento sugestiva y ondulante. Cae una garúa y la luna suaviza los tejados con su plumón de luz...

El niño aspira un vaso de perfume vacío que encontrara en un rincón.

Esa tarde, una desolación muy fría se escurrió en su interior, al escuchar los golpes producidos por las muletas de su madre. La pobre ya no puede sostenerse en sus piernas y ese día ha comenzado a caminar ayudada por esos instrumentos.

Nunca mientras viva olvidará la sonrisa que le dirigió la enferma, cuando abandonó su cuarto apoyándose en las muletas.

Deseó irse al jardín o a la calle a distraer su tristeza, mas su madre le suplicó no saliera, porque precisamente ese día comenzó a mortificarlo su ataque al pecho. Con lágrimas en la pálida carita se acercó a la ventana a ver jugar a los niños de la vecindad a través de los vidrios. Un sol de miel ponía un brochazo de alegría en la ruinoso tapia del frente, y bañaba con gesto acariciador la serena copa del mango que asomaba sobre ella. Muy arriba en el aire, zumbaban papalotes y el zumbido se confundía con la charla infantil. Sobre el cielo de un azul que ya enternecía la tarde, pasaban nubes mansas y el niño al contemplarlas, recordaba el agua de cierto arroyuelo al correr sobre su cauce musgoso.

La pena ha puesto un granillo de inquietud en su seno. Así pues, no puede entregarse al ensueño en que la contemplación de las nubes lo sumergiera las más de las veces; entonces se pone a vagabundear por toda la casa. Al fin se mete al cuarto donde se guardan los muebles inútiles. Como de costumbre, siempre que entraba allí, sube a la cunita en que se mecieron sus primeros días, y mientras él mismo la balancea, entrégase a juegos

EN la parte de la *Circular* que con esta entrega se publica, Martí trata el problema de la enseñanza religiosa en las escuelas. Recomendamos su lectura cuidadosa e inteligente. Hay que escuchar a Martí, hombre que no habló en vano, y uno de los espíritus directores de esta América en que nos tocó nacer.

imaginarios; por último, la cuna es la canoa de Robinson que acaba por anclar, porque el solitario emprende exploraciones en su isla. La aventura termina al encontrar en un rincón un bote de perfume vacío. Limpialo de polvo y telarañas:

Es un vaso de cristal finísimo, de forma artística; en las aristas del tapón se irisa la luz. Muchos esfuerzos le ha costado el destaparlo: un aroma muy suave acaricia su olfato. Se apresura a taparlo de nuevo como si temiera que huyese, con el corazoncillo palpitante, igual que cuando con sus manos cubría la puerta de la jaula dorada para impedir que su jilguero de garganta maravillosa, huyera.

Del tragaluz ha volado el sol y la habitación se puebla de sombras. Vuelve a la gran sala ya sumida en la oscuridad y no tiene miedo como en otras ocasiones. Acomódase en el alféizar de una ventana, destapa el vaso y el perfume flota en torno suyo: ¿de violetas escondidas entre las hojas de la planta, con su gotita de rocío todavía temblando en su broche? No. ¿De rosas marchitas, como las que hallara entre una caja de marfil de su hermana Juana de Dios, muchacha de veinte años? No. ¿Es un chorrito de luz que conmueve sus oídos y no sus ojos? Tampoco. ¿Hay en él un manantial de música de flautas, violines y violoncelos que se tocara muy lejos, muy lejos? No, no. Es entonces cuando por vez primera Juan Silvestre siente lo inefable...

Años más tarde, cuando fué viejo, leyó en un libro, ésto: «terms for perfume, as immediate and definitive, as red, purple and yellow», y al leerlo recordó su sensación de aquella noche lejana, y su deseo de dar al aroma que se escapara del bote de perfume vacío, un nombre como se le da a un color.

Parece que al flotar a su alrededor esta cosa invisible e inefable, le comunicara el poder de percibir intensamente lo vivo invisible que le rodea. La alegría de la Nochebuena envuelve su casa triste. A través del aire plateado suben de cuando en cuando cohetes que al estallar, hacen florecer en la altura gajos luminosos; pasan gentes afanosas hablando alto y riendo; gritan los chiquillos, y él cree que si abriera la ventana, entre la garúa y el viento, sus manos hallarían una corriente tibia.

Y como una chispa, el anhelo de ser inmensamente feliz, de amar infinitamente y de ser amado infinitamente, se enciende en su interior de niño triste en quien ya el dolor se ha compla-

Si Ud. necesita de mis servicios como ABOGADO, búsqume en la oficina del Lic. don Carlos Brenes Ortiz.

Apartado de Correos 540 ROMULO TOVAR
SAN JOSÉ, C. R.

cido. Tiene en ese momento, como el Pierre Loti niño, «presentimientos del porvenir, de encarnaciones futuras en los países de los ensueños, y esperanzas de maravillas de toda especie que el mundo y la vida me reservaban para más adelante, para cuando creciera, para cuando fuera mayor».

¡Cuán hermoso e inconmensurable es todo lo que le espera!

Allá muy lejos, en la profundidad del cielo hay una estrellita que escintila...

El ruido seco de los golpes de las muletas de su madre, desgarran como una espina el velo de fantasías que lo envuelve y las lágrimas amargan su boca.

Se frota los ojos y le parece que despierta de un sueño que salió de su vaso de perfume vacío...

..

Es el anochecer de una víspera de Navidad. Es una habitación construida en el mismo lugar en donde estuvo aquella sala en que hace unos cincuenta años, un niño enfermo y triste tenía la frente apoyada en los cristales de una ventana. ¿Recordáis? Aspiraba el aroma prisionero entre un vaso que contuvo una esencia preciosa, aroma que despertó en su ser el ansia de ser feliz, de ser héroe, de ser mártir, de amar infinitamente y de saberse amado infinitamente y que le hizo sentir lo inefable.

Ahora como entonces, la luna melancoliza la dureza de los tejados y entre el viento y la garúa palpita el anhelo de felicidad que hay en muchos corazones.

Y yo, Juan Silvestre, de rostro y corazón surcados de arrugas soy aquel muchacho lejano que entonces contaba diez años. Estoy solo, solo, con la frente apoyada, como en quella noche de antaño, en los cristales de una ventana. Mi único compañero es un grillo que habita bajo el piso, cuya menuda voz inquieta el silencio que me rodea. A ratos me parece que la diminuta cantinela está dentro de mí; que mi corazón es el humilde solitario que entona este himno a la obscuridad, porque el dolor ha retorcido tanto y tan constantemente el copo de alegría que había en mi espíritu, que su canción quedó reducida a este hilo sutil de música.

Pienso en aquel niño que vivió y murió en mí. Al recordarlo me parece que soy el sepulcro de una florecita azul. A mis ojos de viejo, suben lágrimas por esta memoria que me es querida, como la de un muy querido amigo muerto.

Aquí está ante mí, con su cabeza infantil, mirándome con sus grandes ojos inocentes y sonriéndome con su sonrisa interrogadora.

El me dice:—Y bien, ¿qué has hecho de mis amores celestiales e inmensos? ¿Qué de la atmósfera resplandeciente y grandiosa entre la que se agitaban héroes y mártires? ¿Qué del mundo de lo inefable entrevisto en una noche de Navidad como ésta, al sentir el aroma encerrado en un vaso de perfume vacío que encontré abandonado en un rincón?

Yo le contesto: ¿No sabes? Tus grandes amores no descendían del cielo, sino que eran fuentes que brotaban del suelo, desaparecidas ya entre los misteriosos repliegues de mi ser, o que fueron agotadas por un sol despiadado. Hubo uno que saltó impetuoso, que por un instante me recordó aquellos soñados por tu fantasía sensual y pura, que logró inundar mi voluntad, el cual me parecía que no terminaría jamás. Pero éste también ha desaparecido. ¿Por qué grieta invisible que practicó el egoísmo herido se filtró del corazón? ¡Pobres amores que no eran estrellas, sino humildes margaritas de los campos que sacaban su alimento de la tierra y que no eran infinitos.

¿Y los hechos heroicos? Al acercarme, los gigantes eran molinos de viento que cumplían honradamente su tarea girando sus aspas en la dirección en que soplaba el viento; los ejércitos eran mansos rebaños que se atrope-

laban por correr ante rabadanes y pastores de corazón grosero; los palacios, ventas en que comían y se refosilaban arrieros y rameras, damas y señores. (A veces por el traje los confundí).

Y cuando me salió al encuentro, como un ejército de hormigas, la multitud de detalles de la vida cotidiana, y cada uno de los pequeños seres negros me pinchó la carne o el ánimo, olvidé héroes y mártires y me lamenté como un cobarde! Ay! y pena me causa el confesártelo; en una ocasión en que pude sacrificarme y ponerme una ligera aureola de heroísmo, no supe ser fuerte ni negar al cuerpo una piltrafa de placer.

De todo aquel ensueño, sólo resta la sensación de lo inefable, porque la esencia de la vida es inefable y porque la muerte es la esencia de lo inefable.

En el rostro del niño que me mira a través de tantos años, se apaga la sonrisa. Yo añado: «Muy pronto llegará la hora de volver al eterno polvo, y volveré a él sin haber comprendido el misterioso por qué de todas aquellas ilusiones de mi infancia, llevando conmigo del sentimiento de no sé qué patrias jamás encontradas, de no sé qué seres deseados ardientemente y jamás estrechados...» (1)

CARMEN LIRA

Consideraciones actuales sobre el desarrollo de los niños

EN tiempos pasados los niños eran vestidos como sus padres, porque éstos—descartando el tamaño—los consideraban sus iguales en cuerpo e inteligencia y así los presentaban como pequeños remedos suyos. Investigaciones modernas han probado, sin embargo, que hay muy marcadas diferencias entre los niños y los adultos en el cerebro, en el cuerpo y en aquellos órganos de los sentidos por medio de los cuales impresiones fisiológicas se convierten en sensaciones psicológicas. Vale la pena, por lo tanto, en estos momentos, considerar estas cosas en relación con las escuelas.

Somos deudores de un artículo publicado en el suplemento del *Chemiker Zeitung* (Berlín) por algunos datos interesantes de investigaciones recientes hechas en este campo.

Se ignora generalmente que la composición de los elementos químicos requeridos por el cuerpo del niño, es muy diferente de aquella que pide la de las personas mayores, y cuanto menor sea la edad del niño, mayor es la

diferencia. Así, el cuerpo de un niño recién nacido contiene 74,7% de agua, mientras que el del adulto contiene sólo 58,5%. Por otra parte, los huesos de aquél son más suaves porque contienen menos sustancias minerales.

En el curso del desarrollo del niño, el tamaño del corazón se hace 12 ó 13 veces más grande que el tamaño que tiene al nacer; el hígado 11 veces, los pulmones cerca de 20 veces y el cerebro llega a ser 4 veces mayor.

Es sorprendente el cambio en el porcentaje comparativo de las sales minerales en el cuerpo de un niño que está creciendo.

En los cartílagos, por ejemplo, la proporción es 2.24 por ciento a los seis meses de edad, 3.00 por ciento a los tres años y 7.29 por ciento a los diez y nueve años. Estas cifras explican por qué la facilidad y gracia de los movimientos deben ser alcanzados por la danza, el salto, la carrera y otros ejer-

(1) Pierre Loti.